

3337

21 DE MAYO DE 1939
AÑO III N.º 120
AÑO DE LA VICTORIA

La Ametralladora



Semanario de los Soldados

LEA EN ESTE NÚMERO
HOJAS DEL ALBUM DE UN HOMBRE CÉLEBRE:
ADAN



HERREROS
54

PRECAUCION

(Por HERREROS)

— ¡Anda, Sultán! Pasa con cuidado no vaya a morderte ese caballero...

25
CTS

LAZO

EL MEJOR COÑAC



CASA LAZO

S. A.

HUELVA

SERRA Y CIA. S. L.

CONSTRUCCIONES METALICAS
HIERROS PARA OBRAS
— FERRETERIA —

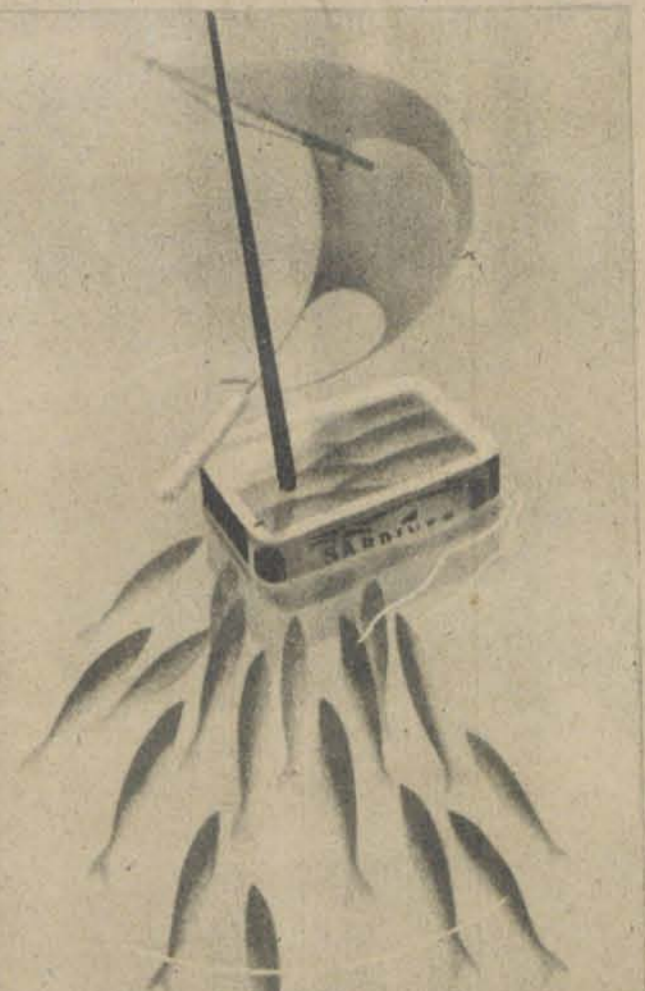
ALVAREZ QUINTERO, 17 Y 19
SEVILLA

VIUDA DE CAMUÑA

COSECHERO Y EXPORTADOR
DE VINOS TINTOS Y BLANCOS
BODEGAS EN VALDEPEÑAS

NOMBRE Y MARCA REGISTRADA
VALVANERA

ALVAREZ QUINTERO, DEL 29 AL 33 - TEL. 24.438
ALMACÉN:
MARQUÉS DE PARADAS, 47 - TEL. 26.599
SEVILLA



QUIROS

DE FAMA MUNDIAL

APARTADO 146 VIGO CABLEGRAMAS
TELÉFONOS: 1.393-1.392 (ESPAÑA) TELEGRAMAS: BRUCA

Fábrica de Artículos de Viaje

MIGUEL SANCHEZ

FABRICA: DESPACHO:
Castilla, 170 Murillo, 5 y 7
Telf. 28564 Telf. 23600

SEVILLA

CONCESIONARIOS
de las Especialidades del Dr. Fernández de la Cruz

Fernández Gómez, S. A.

ALMACEN DE ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS
PRODUCTOS QUIMICOS Y DROGAS

Despacho y Escritorio:
ARANJUEZ, 2 al 10
Almacenes:
GOLES, núm. 52 - Dpdo.
TELEFONOS 23179, 22318 y 22509
SEVILLA

GRAN CONFITERIA LA CAMPANA

ESPECIALIDAD EN DULCES FINOS
Y POLVORONES

Sierpes, 1 y 3 - Campana, 1
TELEFONO 28570
SEVILLA

Reservado para el
Banco de Avila

J. SANTAMARÍA Y C.ª S. EN C.

VINOS Y COÑAC
ESPECIALIDADES: COÑAC VVV
JEREZ QUINA SAN JULIÁN
VERMOUTH PEMARTÍN

JEREZ DE LA FRONTERA

BRITANY

FÁBRICA DE CONFECCIONES

Salustiano Estrada Sánchez
Montes Sierra, 8 - Tel. 22.038 - SEVILLA

FÁBRICA DEDICADA ACTUALMENTE A LA CONFECCIÓN DE PRENDAS PARA
NUESTRO GLORIOSO EJÉRCITO

FABRICA DE MALETAS

BAULES PLANOS Y VIENESES
CAJAS DE AUTO Y VIAJANTES

ELOANTO-ARTICULOS DE VIAJE,
S. A.

ANTES

PUEYO-ARTICULOS DE VIAJE, S. A.

CASTILLA, 16

SEVILLA

SOCIEDAD BILBAINA
DE MADERAS Y ALQUITRANES, S. A.
ALQUITRAN DE LA HULLA
APARTADO N.º 318. - BILBAO

GRAN HOTEL VISTA ALEGRE

Vergel, 9 - Teléfono 46
Puerto de Santa María (Cádiz)

CEMENTOS COSMOS C. A.

TORAL DE LOS VADOS (LEÓN)

GRANDES RESISTENCIAS
CONSTRUID CON CEMENTO
PORTLAND COSMOS

EXTRACTOS CURTIENTES Y PRODUCTOS QUIMICOS, S. A.

ALMACÉN de DROGAS al POR MAYOR

Angostillo, 6

SEVILLA

AVENIDA
CAFÉ-SALÓN DE TE-BAR AMERICANO
Avenida General Franco, 3 y 4 - VALLADOLID

SOLUCIONES A NUESTROS
PROBLEMAS DE ESTE
NÚMERO

| | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| M | U | R | C | I | E | L | A | G | O |
| I | N | F | A | N | T | I | L | E | S |
| L | A | N | E | I | L | A | O | | |
| E | M | B | O | S | C | A | D | A | |
| N | U | L | A | A | O | R | V | | |
| A | N | A | C | T | I | R | | | |
| R | O | N | C | A | L | E | S | A | S |
| I | C | A | S | A | C | A | U | | |
| O | R | O | T | A | V | A | E | L | |
| S | E | | O | R | A | | E | S | A |

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| E | N | G | A | R | Z | A | R | |
| T | A | B | A | C | I | L | O | |
| R | I | S | A | L | O | R | E | N |
| F | A | T | I | M | A | Z | O | |
| N | A | T | A | C | I | O | N | |

| | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| A | M | E | R | I | C | A | U | T | |
| R | A | P | A | R | M | A | S | A | |
| G | R | I | S | S | E | R | A | S | |
| E | T | U | L | U | L | A | B | A | |
| N | E | C | R | O | P | O | L | I | S |
| T | I | O | S | N | A | | | | |
| I | R | E | | | | | | | |
| N | A | N | A | O | D | I | A | S | |
| O | P | O | N | E | | | | | |
| S | O | S | A | | | | | | |
| S | O | S | A | | | | | | |

No queremos una paz cómoda y fácil. Queremos la paz que da la victoria: la paz del trabajo.

La Ametralladora

SAN SEBASTIÁN
AÑO III 21 DE MAYO DE 1939 N.º 120
AÑO DE LA VICTORIA

Franco supo conducir al ejército hasta la victoria total. Franco sabrá guiarnos en todo momento por las rutas difíciles de la paz.



SABINA, LA MUJER FATAL

Sabina, la Mujer Fatal, se aproximó con paso felino a los albañiles que, terminada la tarea, se habían sentado en el borde de la acera y jugaban una partida de tute.

—¡Banca!—dijo con voz ronca, inclinandose hacia los dos jugadores.

—¿Cómo?—preguntó asombrado el más viejo.

—He dicho—contestó Sabina retorciéndose toda—que cojo la banca.

—Nosotros—dijo el más joven—estamos jugando al tute.

—¡Oh!—exclamó Sabina retorciéndose los brazos con angustia—Están jugando al tute... No juegan ni al bacarat ni a la ruleta...

—¿Qué quiere esta loca?—preguntó el más viejo al más joven.

El otro no se dió por enterado y dijo:

—Acuso las cuarenta.

—¡No!—gritó Sabina poniendo los ojos en blanco—. No las acuse. ¡No las acuse! Usted no sabe; usted no puede saber. Quizá las cuarenta no son culpables. ¡Piénselo bien!

Los dos albañiles se miraron un instante y luego el más joven aclaró:

—Señora, no se trata de mujeres. Se trata del tute, que cuando uno tiene ciertas cartas, acusa.

—¡Oh!—gritó Sabina retorciéndose—. Tiene cartas comprometedoras y quiere acusar.

Se arrojó a los pies del albañil y le dijo:

—¿Y si yo le ofreciera mi amor a cambio de esas cartas? Cásese conmigo y sabrá lo que es el perfume de las rosas... ¡No quiere comprenderme!—chilló Sabina—. Ninguno me quiere comprender. ¡Oh, mamá! ¡Oh mamuska! ¿Por qué me has abandonado?

—Mira—dijo un albañil al otro—. Coge las cartas y vámonos a jugar a la otra esquina.

—¡Se van!—dijo Sabina—. Se llevan las cartas comprometedoras y ese joven de la boina acusará las cuarenta. ¡Oh, mamá! ¡Oh, mamuska! ¿Por qué no estás aquí?

—Sin duda porque estás tú—le respondió uno de los albañiles.

—Sabina se torció un tobillo con las dos manos y gritó por última vez:

—¡Va a acusar a las cuarenta! ¡No puedo evitarlo!... ¡Oh, mamuska!



Amor de fenómenos

SONETO

¿Qué importa ser un monstruo de verbena?
¿Tener papada o no tener papada?
Lo importante es que haya una mujer enamorada
que acaricie tu cuerpo de ballena!

¿Qué más te da ser alta o ser enana?
¿Tener o no tener buena figura?
¿Qué te importa tu altura
si hay un hombre que te ama con ternura
y te coge en sus brazos y te canta una nana?

¡Divan los cuerpos fosos! ¡Fos vientres de tonel!
¿Qué me importa a mí el mundo si me acaricia él?
¡Puesta sobre una silla parece una botella!
¡Pero qué más me da si me acaricia ella!...

EL VATE PEREZ

24 MAY 2010



SABINA, LA MUJER FATAL

Sabina, la Mujer Fatal, entró en el estudio del óptico.

—Quisiera—dijo—un monóculo graduado.

Se torció los brazos con angustia suspiró y elevó los ojos al cielo.

—Soy un poco miope—dijo—. De un ojo.

—Bien—dijo el oculista enseñándole un cartel en el que había varias letras con diversas dimensiones—. Lea, haga el favor.

—H, a, i, l, t, o, m, m, n, z—leyó Sabina—. Z, ch, p, t, r, x, z, z, t, o, x.

Lanzó al oculista una mirada y dijo: —¡Oh! ¿Esto es todo lo que me tiene que decir?

—Yo no he dicho nada—dijo el oculista.

—Usted—dijo la Mujer Fatal—me ha dicho que lea y lo que he leído ha sido Halltommnz y Zchptrzzztov. ¿Es posible que no me tenga que decir ninguna otra cosa?

Se contorsionó toda, se retorció un tobillo y cogió al oculista por la blusa blanca.

—¿No podía haberme hecho leer palabras de fuego en las que me gritara toda su pasión? ¿No podía hacerme leer: "Te amo"? ¿Te adoro, Estoy loco por tí y no Hallthotmmnz y Zchptrzzztov? ¡Oh, Roberto, Roberto! Esto no lo hubiera creído nunca.

—¡Oiga!—dijo el oculista—. Yo no me llamo Roberto. Me llamo Carlos.

—¡Carlos!—exclamó Sabina—. Carlos, como el príncipe de Fessabex con quien una noche beilé en la terraza del Hotel Luxor de Bulalifa, donde hasta los pies de los indígenas tienen un dulce perfume de rosas deshojadas. ¿Y sabe por qué le besé en la obscuridad?

—Porque si la vé la cara se escapó—opinó el oculista ingenuamente.

—¡Carlos!—gritó Sabina—. Dime algo que no sea Hallthotmmnz ni Zchptrzzztov!

—¿Lo que yo quiera?

—Sí, todo menos esas feas palabras.

—Te lo voy a decir: ¡Lárgate de aquí, puerca!

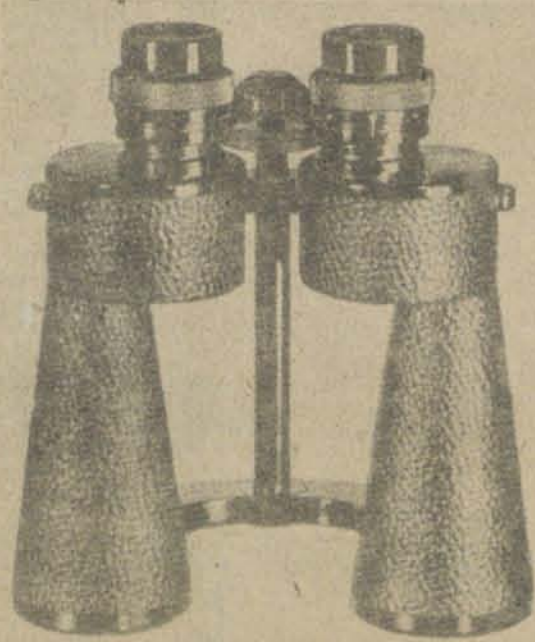
Abrió la puerta y la tiró por las escaleras.

Cayó sobre la acera. Sabina, la Mujer Fatal, se irguió como un víbora y lanzó una mirada terrible al oculista. Después se alejó con paso felino.

—¡Los hombres—dijo—. No saben más que decir hallthommnz y chptrzzztov.



HUEVOS.—Cosas que ponen las gallinas, y que sirven para que las señoras se tumben encima a dormir y los rompan. Cuando las señoras no se tumban encima, sale de dentro una gallina pequeña que pone otro huevo; y así. Hasta que se comen fritos con tomate.



GEMELOS.—Aparatos que tienen los señores ricos para ver los caballos y las cupletistas más gordas que los ven los demás que son pobres.



BUZO.—Pez que un día se comió a un señor y luego el señor se comió al pez. Desde entonces es una mezcla de las dos cosas y nadie sabe si pescarlo o convidarlo a café y puro.



MOSCA.—Bichos con voz de hombre que le salen a la primavera por la calva. Suelen estar en la sopa que come uno, y ahogadas en los vasos de vino. Hay dos clases de moscas: una mosca y otra mosca.



NUESTRO ÚLTIMO DIÁLOGO

(Conversación sentimental).

Personajes:
«La Ametralladora».
El lector.

Lector.—¿Es cierto que me dejas?
La Ametralladora.—Sí. He venido a despedirme. Hoy me verás por última vez. Es el último día que salgo para estar contigo. Para darte un abrazo de despedida me he vestido de cualquier manera, he cogido mi sombrilla y me he echado a la calle. ¿No has notado que me falta ropa?

Lector.—Sí, pero no importa. Eres de confianza.

La Ametralladora.—Lo sé. Por eso lo he hecho.

Lector.—Me había acostumbrado a verte todas las semanas. Me será difícil pasarlo bien sin ti.

La Ametralladora.—¡Bah! Eso se lo dirás a todas, tunante.

Lector.—No, amor mío. Tú eres distinta a las demás. Había en ti... ¿Qué sé yo! No sé si eran tus colores, o tus palabras cruzadas, o esos trajes anti-queos que usas y esos sombreros asquerosos, o las historias que nos contabas de Don Venerando y de Don Trinitario. El caso es que te había tomado cariño. Siento de veras que te vayas.

La Ametralladora.—Otras vendrán que valgan más que yo.

Lector.—¿Por qué sonríes? ¿No te da pena dejarme?

La Ametralladora.—No. Me voy con alegría. La guerra ha terminado victoriosamente y mi misión está cumplida. Solo nací para alegrar unas horas a nuestros soldados del frente. Yo tam-

bién luché con muchas dificultades para poder llegar a tí, pero las fui venciendo poco a poco. Ahora me voy contenta del deber cumplido. Verte alegre era lo único que me importaba y sé que muchas veces lo he logrado.

Lector.—Sin guerra también te necesitamos. Al leerle después recordaremos aquellas horas de parapeto que los combatientes nunca debemos olvidar. Tu lectura será como un recuerdo optimista que unirá de nuevo a todos los viejos camaradas. ¿Volverás algún día?

La Ametralladora.—Quizá vuelva. Pero a lo mejor me presento ante tí cambiada. Iré vestida de otra manera. Te contaré otras cosas distintas. Tendré otra sonrisa aún más joven. ¿Quién sabe también si me llamaré igual o me llamaré de un modo diferente!

Lector.—Vengas como vengas, te llames como te llames, yo te reconoceré siempre, porque en el fondo serás la misma. Tu manera de hablar es inconfundible.

La Ametralladora.—Seré la misma, pero quizá más buena y más gorda.

Lector.—Así me gustan a mí las mujeres.

La Ametralladora.—Da las gracias a todos aquellos amigos que me han escuchado; a los anunciantes que han confiado en mí.

Lector.—Se las daré; no te preocupes.

La Ametralladora.—Adiós, amor mío.

Lector.—Adiós, chatilla. Hasta la vista.

Han vuelto ya las banderas victoriosas. En un reir de primavera han desfilado al paso alegre de la paz.

Banderas de Castilla, banderas de Aragón, banderas de Navarra, banderas que hablan de la historia y la grandeza de España en otros siglos. Y junto a ellas, las banderas de la cruzada impar. Las banderas que traen en su paño olor a pólvora y a sangre. Y el sabor a victoria total, definitiva.

Banderas que si hoy ante la faz radiante de la Patria, en esta hora feliz de la paz victoriosa, tienen rizar gozoso, volverían a alzarse con la misma fiereza, con la misma bravura que demostraron durante tres años de épica contienda, si cualquier insensato de dentro o de fuera osase ofenderlas o manojearlas. Banderas nacidas para estar de pie, en posición de firmes, en vigilia tensa.

Banderas de la paz en las calles de Madrid que han vuelto ya para saludar al Victorioso y para ser, como siempre, jalones de gloria a lo largo de la Historia de España.



CAZADORA.—Señora que se pasa el día con una escopeta en la mano para cazar perdices. Siempre resulta que no caza perdices y por eso se la llama cazadora. También sirve para que las perdices se le pongan en el sombrero.



OPERACIÓN.—Cosa que le hacen a la gente unos señores para ver si la gente tiene dentro algún filete que le haya sobrado del día anterior. Cuando ven el filete, lo oogen y se lo llevan corriendo y ya no le hacen a uno ningún caso.



ROBINSON.—Señor que se pone un traje de naufrago para que se le note que es naufrago y que está en una isla desierta. Si no se pusiera ese traje, la gente, no sabría que era naufrago y nadie iría a saludarlo.

UNA VIDA SALVADA

Señor Doctor:

En contestación a su muy atenta carta de fecha 20 del corriente, a la que acompañaba factura por pesetas 700 (setecientas pesetas) por corte y extracción del Apéndice.

Me complace presentar a usted el testimonio de mi agradecimiento por el feliz resultado de la operación, que al salvarme la vida ha evitado el llanto de las siguientes personas:

| | |
|--------------------------------|----|
| Madres | 1 |
| Padres | 1 |
| Hermanas | 3 |
| Hermanos | 2 |
| Total de hermanos y hermanas.. | 5 |
| Varios parientes directos..... | 18 |
| Varios parientes indirectos.. | 43 |

Me permito hacerle observar que no estoy de acuerdo sobre el resultado de nuestro debe y haber, habiéndose usted olvidado de consignar en mi crédito el valor de mi apéndice que se encuentra en su posesión.

Le agradeceré por tanto que tome buena cuenta de lo siguiente:

Dado que yo percibo un sueldo mensual de mil pesetas, o lo que es lo mismo doce mil anuales, calculando la tasa de la capitalización al 3%, resulta el interés de un capital de 400.000 pesetas y, teniendo en cuenta que este capital corresponde a mi peso de 80 kilogramos y que mi apéndice pesaba 20 gramos, resulta que el valor de dicho apéndice es de pesetas 1.000 (mil pesetas).

ESTADO DE CUENTA:

| | | |
|--|-------------|--------------|
| Su factura núm. 873-B..... | Pts. | 700 |
| Mi apéndice..... | > | 1.000 |
| 15 % de descuento por haberme salvado la vida..... | > | 150 |
| Mi apéndice hecho el descuento > | | 850 |
| Saldo a mi favor S. E. u O..... | > | 150 |
| Total..... | > | 1.850 |

Le quedaré muy agradecido si se digna enviarme por giro postal las ciento cincuenta pesetas importe de mi haber. Suyo atto. s. s.

Juan González

PERFECTO CONTADOR DE CONTABILIDAD



—Como ayer estuvo usted en el Jardín Zoológico los animales han venido a devolverle la visita...



—¡Ay, señor Redondo! ¡Estoy loca por usted!
 —Lo creo, porque hoy he venido guapisín o. Pero... usted me había ofrecido una taza de café...
 —¡Déjeme que le mire!
 —Míreme usted todo lo que quiera, pero mientras tanto yo podría ir tomando el café...
 —¡Sus ojos son tan azules y tan limpidos!...
 —Bueno: ¿pero me va usted a dar el café o no?
 —¡Qué gracia tiene usted para decir las cosas!...
 —Sí, sí. Mucha gracia; pero me parece que me ha engañado usted y no me va a dar nada de café. Así es que me voy...



LAS CHARLAS DE DOÑA MERENGUITOS

Doña Merenguitos entró como una tromba en la Redacción. Antes de que pudiéramos evitarlo, se lanzó sobre el micrófono y se puso a contar las bobadas de siempre. (A ver si se va usted de una vez a paseo, Doña Merenguitos, y no ande incordiando a la gente).

Voy a empezar mis aplaudidas charlas con uno de ladrones.

En la comisaría es introducido por dos guardias un sujeto vestido con elegancia.

—Usted—le dice el comisario—ha robado un camión de transporte de muebles que estaba detenido en la esquina de la Avenida. Se lo ha llevado usted.

—Yo no he sido—dijo el acusado.

—Confiese que ha robado el camión, que le traerá más cuenta.

—Le repito que no lo he robado.

Entonces, el comisario irritado por aquella terquedad, gritó:

—¡Está bien! ¡Guardia, registrele usted!...

Una de norteamericanos, que siempre hacen reír mucho.

Un yanqui decía en Roma a un italiano:

—Ustedes los italianos no tienen ni siquiera la menor idea de lo que es América. Yo, por ejemplo, soy de Kansas y para ir a los límites de la provincia más próxima, que es el Colorado, tardo un día de automóvil.

—Ya lo comprendo—dijo el italiano—. También en Italia tenemos algunos automóviles yanquis.

El escocés Victor Mac Gof heredó una villa y se fué a vivir en ella él solo. El guisaba, él freía, se comía los productos de la huerta y estaba encantadísimo porque la vida le salía muy barata, pero

de todas formas no se consideraba del todo feliz porque como el lugar estaba bastante aislado, tenía miedo a que le robaran los ahorros. ¿Qué hacer? ¿Arriesgarse a que le robaran o poner un perro a quien tendría que dar de comer? ¡Los perros comen mucho! El buen hombre decidió aprender a ladrar y de noche, en cuanto oía un pequeño rumor, se sentaba en la cama y lanzaba unos ladridos terribles.

Pero el lío fué cuando una mañana encontró a su puerta un guardia que le puso una multa por no haber declarado que tenía un perro en casa.

Bueno: Ahora uno de señoras.

La nueva moda ha hecho que los sombreros de señora resulten bastante molestos. El director de un teatro no conseguía convencer a las espectadoras de las butacas que se quitasen los sombreros para que los que estuviesen detrás pudieran ver lo que pasaba en el escenario.

Hasta que un día se le ocurrió poner un letrero concebido así:

“La dirección de este teatro, deseosa de mostrarse gentil con las personas de edad, autoriza con mucho gusto a las señoras mayores de cuarenta años a que permanezcan en sus asientos con los sombreros puestos”.

El letrero hizo un efecto terrible: al día siguiente todas las mujeres veían la función a pelo.

Una zoológica.

Dos perros caminan serios por el andén de una estación. Llega un tren y se detiene. El jefe de la estación silba y el tren se marcha.

Uno de los perros encoge las cejas y dice:

—Ese hombre no tiene la menor autoridad.

DON ATAULFO EN

EL TEATRO

—Oiga—le dijo a Don Ataulfo, el joven de los calzones claros indicándole un señor que estaba delante de ellos en el teatro—. ¿Le molestaría darme la cartera de aquel caballero?

—¿De quién?—preguntó amablemente Don Ataulfo dejando de mirar al escenario para prestar atención al muchacho de los calzones claros—. ¿De aquel que está allí delante?

—Sí, aquel que mira a la derecha. Discúlpeme, pero es que desde aquí no alcanzo.

—Está bien—dijo Don Ataulfo alargando la mano—. Aquí la tiene.

—Muchas gracias—dijo el joven de los calzones claros.

—De nada—dijo Don Ataulfo volviendo a la contemplación del espectáculo.

—¡Oiga!... Perdóneme—insistió el joven de los calzones claros—. Aquel bolso... de aquella señorita... ¿Le molestaría alcanzármelo?

—¿Cuál?—preguntó ya un poco molesto Don Ataulfo porque no le dejaban ver a gusto la función.

—Aquel... Mire... El bolso rojo... Yo es que desde aquí no llego.

—¿Este?—dijo bastante fastidiado Don Ataulfo cogiendo el bolso de la señorita y entregándoselo al joven de los calzones claros.

—Este, sí—dijo muy contento el joven de los calzones claros apoderándose del bolso—. Muchas gracias.

—¡De nada! —dijo secamente Don Ataulfo volviendo a mirar al escenario.

—Perdóneme—dijo en voz baja y tímidamente, después de un rato, el joven de los calzones claros—. Mire... aquel...

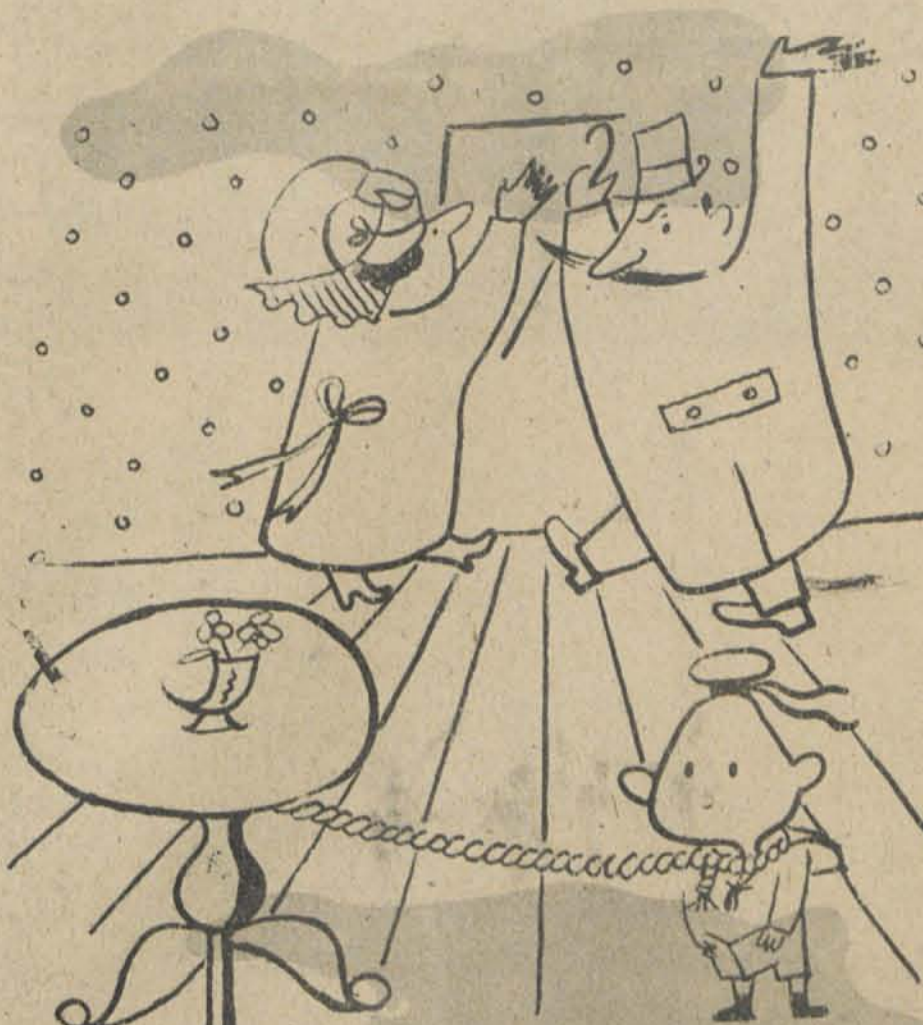
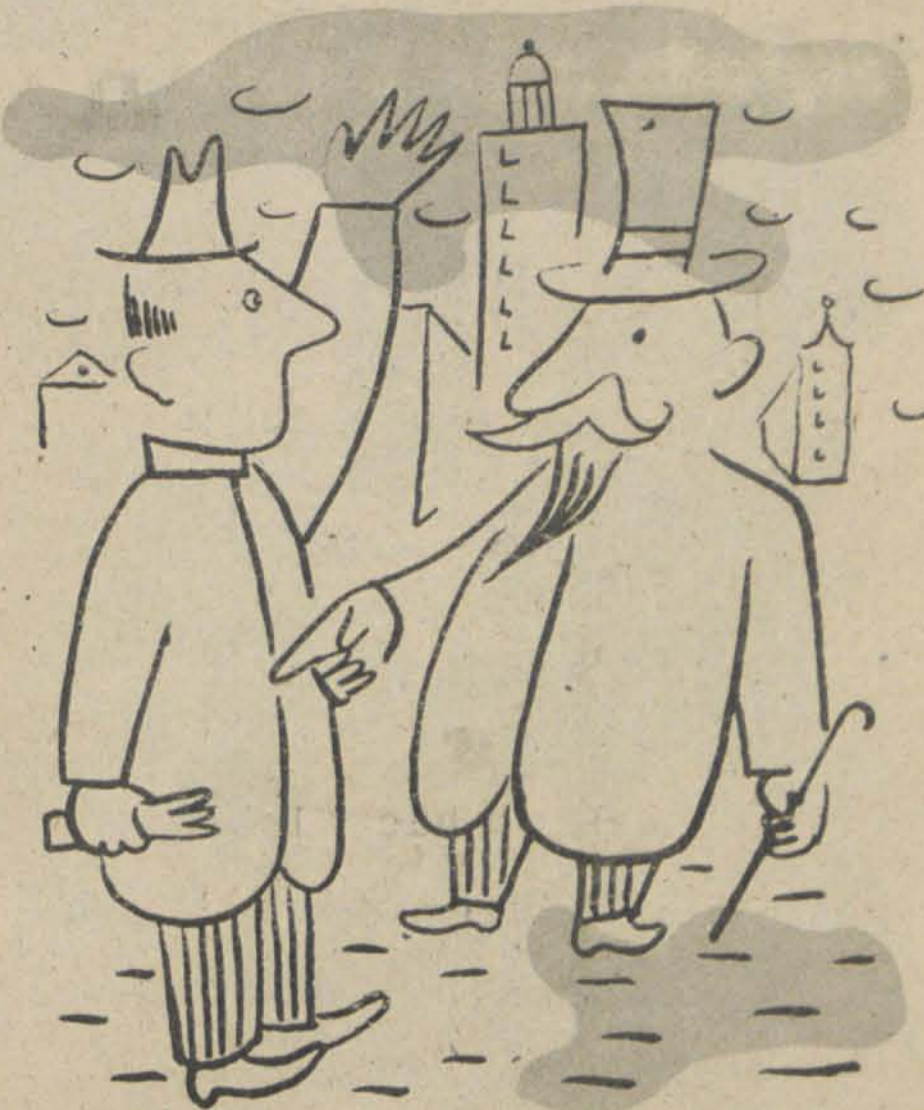
—Joven—exclamó Don Ataulfo bruscamente—. No hay que abusar. Una vez, dos veces, va bien. Pero más...

—Es verdad—dijo el joven de los calzones claros—. Tiene usted razón, pero es una lástima, porque...

—¿Cuál quiere?—le interrumpió Don Ataulfo.

—La cartera de aquel señor...

—Está bien—dijo Don Ataulfo cogiendo la cartera que le indicaban y entregándosela al joven de los calzones claros, que se marchó confuso y dándole muchas veces las gracias... ¡A ver si ahora puedo presenciar tranquilamente la función!



DON TRINITARIO Y LOS FARAONES

El chico de Don Trinitario estaba con la cabeza inclinada y entregado por completo al estudio. Don Trinitario entró en la sala andando de puntillas y al llegar junto al chico le obsequió con un terrible escorrión al mismo tiempo que gritaba:

—¡Estudia, bestia! ¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? ¿Qué son todos esos monigotes y esos escarabajos que estás mirando como si fueres un tonto? ¿Qué son, bruta bestia?

—Papá—balbuceó el chico procurando refugiarse detrás de la mesa—. Estoy estudiando algunos jeroglíficos egipcios encontrados en las tumbas de los faraones...

—¡Te voy a dar yo jeroglíficos y tumbas y faraones!—chilló Don Trinitario hecho un loco y descargando terribles puntapiés—. ¿Te voy a permitir yo que pierdas el tiempo revolviendo tumbas en vez de estudiar el latín y la numismática? Estudia la lista completa de los reyes godos si quieres llegar a ser algo en el comercio y no vayas a ver tumbas de faraones, y si te divierten los muertos vete a ver los sepulcros de los jefes de oficina, de los contadores mercantiles, de los amos de los grandes almacenes. ¡Quítate el sombrero ante los sepulcros de los jefes de contabilidad, de las tiendazas donde venden de todo! Y en vez de descifrar jeroglíficos descifra recibos con muchos nueves y muchos ochos que dé gloria mirarlos; y talonazos de vagones llenos hasta arriba de mercancías.

Le sacudió una torca y continuó:

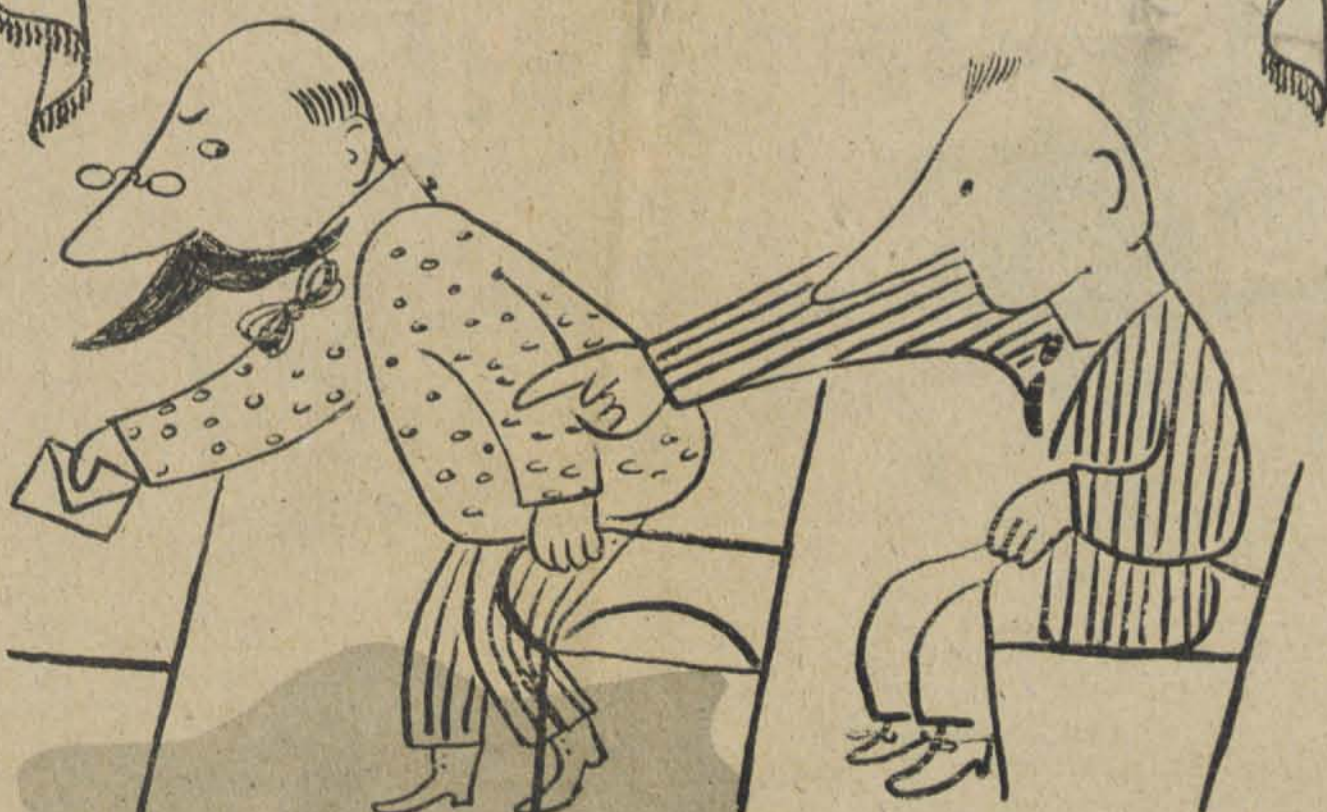
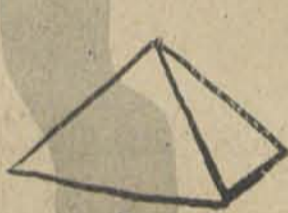
—El padre de Don Venerando, que tenía un talento que no le cabía en la cabeza, no iba a ver las tumbas de nadie. No se divertía nada con los muertos, ni se acercaba a los sepulcros a leer lo que está escrito, porque lo que está escrito lo sabe todo el mundo de memoria: "Aquí yace..." Y es inútil buscar nada que tenga algo que ver con el comercio ni con la industria. En las tumbas no se escriben balances, ni partidas dobles de contabilidad, ni otras cosas útiles e interesantes. ¡Basilisa!

—¿Qué pasa?—preguntó Doña Basilisa presentándose armada de un camión y dispuesta a tirárselo al chico a la cabeza—. ¿Qué nuevas bobadas ha inventado ese monstruo del Danubio para no estudiar el latín y la numismática?

—Ahora se va a divertir a los cementerios a leer los epitafios—gritó Don Trinitario rojo de cólera.

—¡Estudia, bestia!—chilló Doña Basilisa tirándole el camión a la cabeza—.

Don Trinitario y Doña Basilisa llenaron de mojicones la cara de su chico, le ataron con el libro de latín a la pata de la mesa, se pusieron los sombreros y fueron a decirle al director de LA AMETRALLADORA que se aprenda de memoria la lista de los reyes godos y no haga trampas al dominó a los amigos.



DON VENERANDO Y LAS BERZAS

Don Venerando detuvo a un señor que pasaba por la calle.

—Ven—dijo Don Venerando al amigo que iba a su lado—. Te voy a presentar al señor González. El señor González—añadió haciendo las presentaciones—es el conocido fabricante de máquinas fotográficas.

—¿Cómo?—dijo el señor González asombrado—. ¿Qué ha dicho usted?

—Le he presentado a usted a mi amigo—dijo Don Venerando.

—Sí, pero ha dicho usted que soy un conocido constructor de máquinas fotográficas.

—Eso es lo que he dicho—aseguró Don Venerando.

—Pero no es verdad—dijo el señor González—. Yo no soy fabricante de máquinas fotográficas.

—Ah, ¿no?—preguntó Don Venerando; y luego dirigiéndose a su amigo:—Es fabricante de gramófonos.

—¿Fabricante de gramófonos?—dijo extrañado el señor González—. ¡Pero qué cosas se le ocurren!

—A mí no se me ocurre nada extraño—dijo Don Venerando—. El ser fabricante de gramófonos no es una cosa extraña. Si hubiese dicho que usted era un envenenador de caballos, si habría dicho una cosa extraña, pero desde el momento que lo que he dicho es que usted es fabricante de gramófonos, no veo nada extraño en mis palabras.

—Pero yo...—balbuceó el señor González, yo no soy fabricante de gramófonos.

—¡Paciencia!—dijo Don Venerando endosándose de hombros. Si usted no los fabrica alguno los tendrá que fabricar—No salen en las huertas, como las berzas. Además que no me interesa gran cosa, porque ya tengo tres.

—¿Tres gramófonos?—preguntó el amigo de Don Venerando para desviar la conversación.

—No; tres berzas—dijo Don Venerando poniéndose furioso—. Si no estás atento a lo que digo es inútil que yo esté aquí tratando de explicar las cosas. He dicho que tengo en casa tres berzas.

—Pero eso no tiene nada que ver con la presentación—le objetó el amigo.

—Oye—le dijo Don Venerando mirándole severamente—. ¿Sabes que me estás pareciendo un poco duro de mollera? Según tú el que tiene berzas en su casa no puede presentar a las personas que conoce. ¿Qué pensará este señor de tí?

—Yo no pienso nada—dijo el señor González.

—¿Cómo ha dicho?—dijo Don Venerando—. ¿Que usted... si no quiere que le presente a mis amigos, dígame y en paz.

Don Venerando se marchó diciendo:—Se vé que los dos son bobos perdidos.

CARICATURAS REQUISADAS

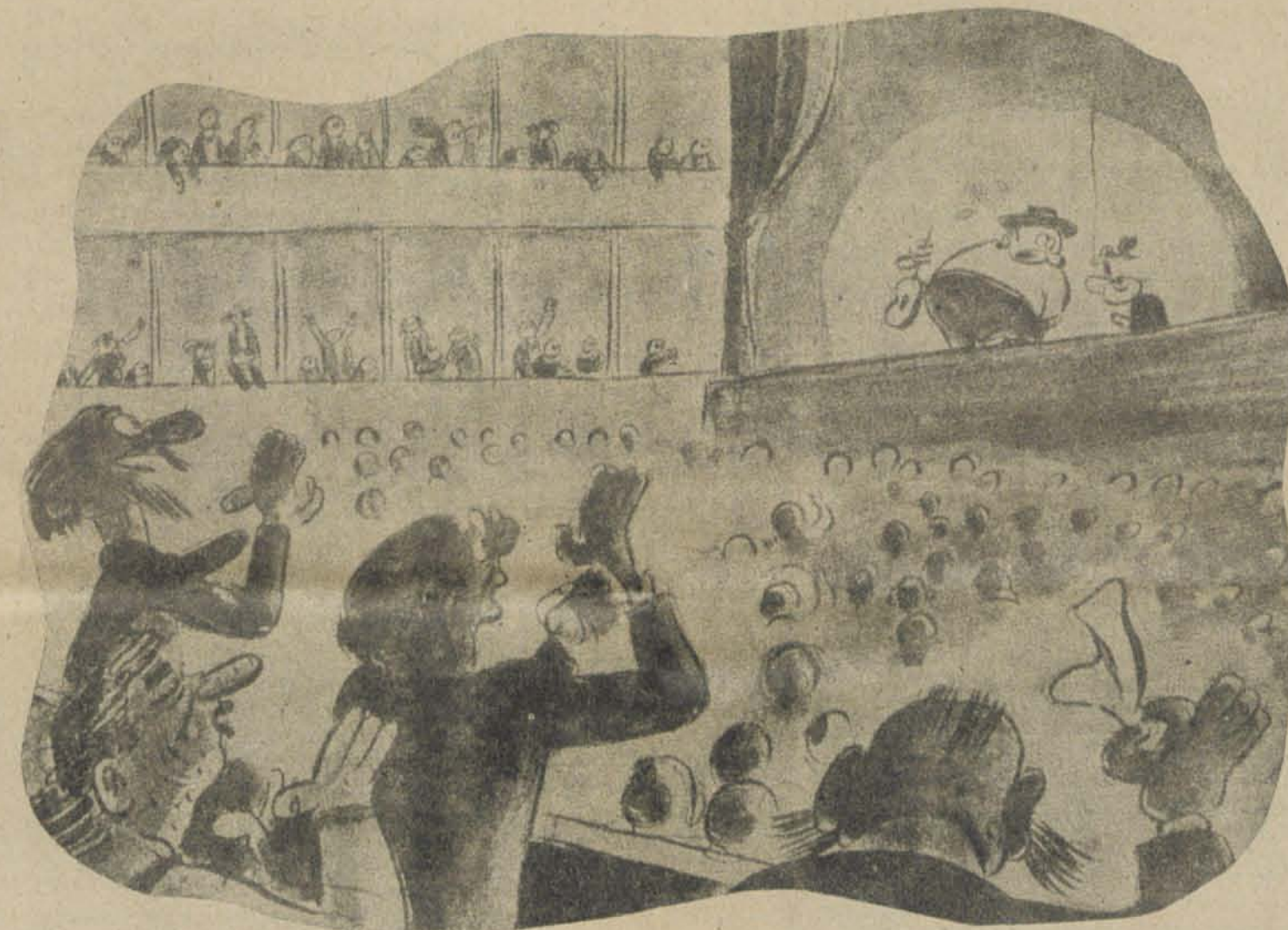


—Me he enfadado con Lulu...



ESTATUAS

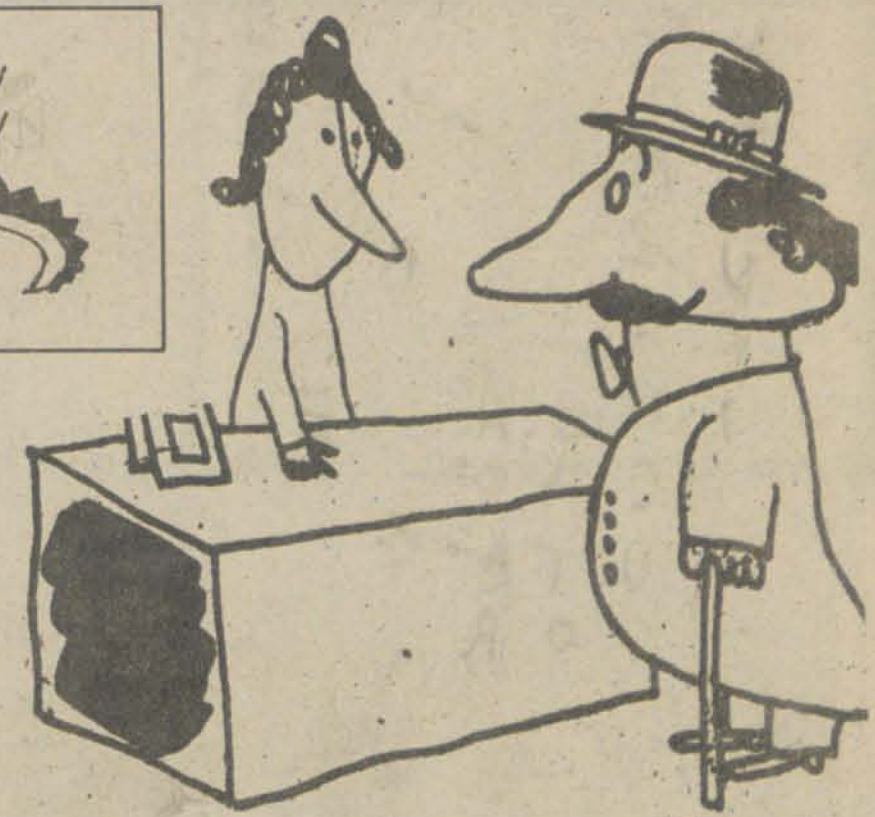
—¡Qué fatal! Me duele un pie que está en un museo de Constantinopla...



—Perdone. ¿Le molestaría repetir la romanza? Es que he tenido que salir un momento a hablar por teléfono y no he podido oírlo...



—¿Qué horas son estas de volver a casa?

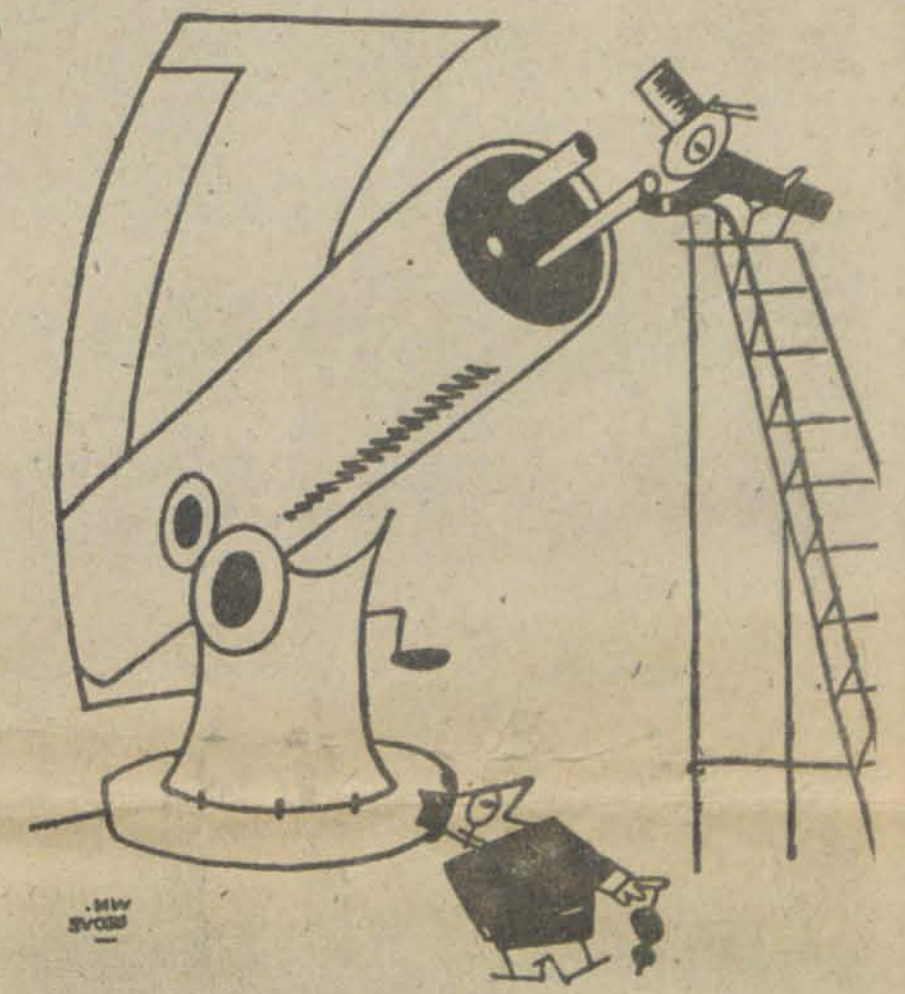


—Deme un sello de 25 céntimos; pero quiero que la goma tenga gusto a plátano.

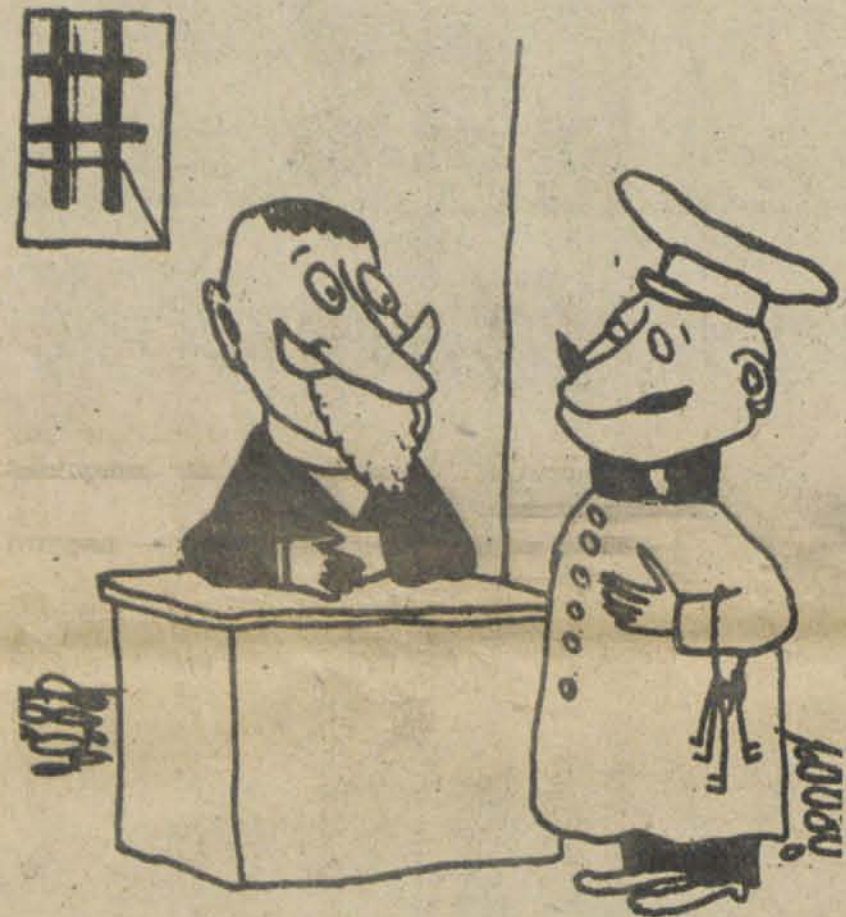


CALVO

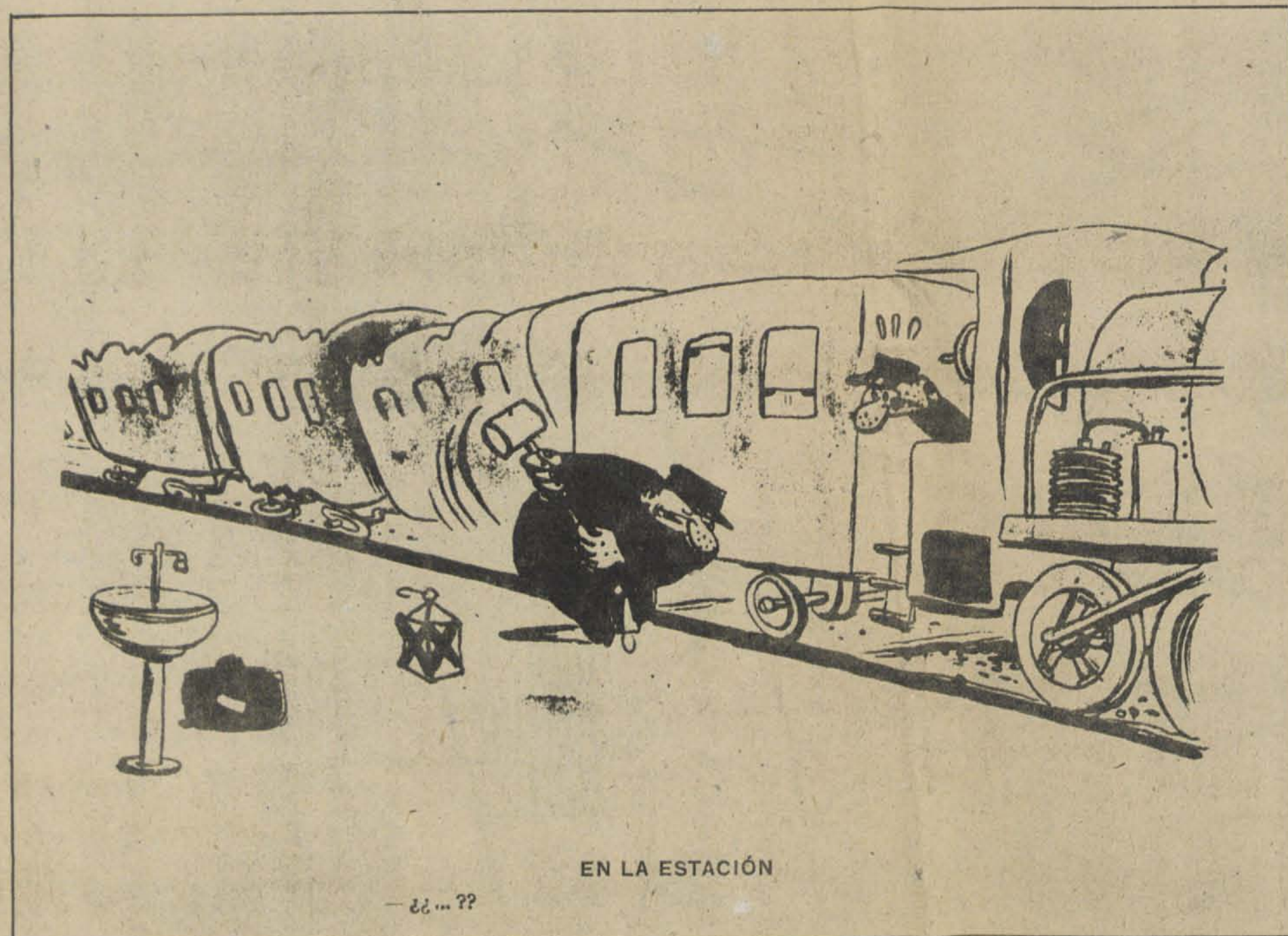
—Yo me peino de memoria porque me acuerdo muy bien de todos los pelos que tenía...



—Busca usted mundos nuevos?
—No. Es que he perdido diez céntimos en la calle...



—Hemos capturado a los evadidos, pero se han fugado otra vez al hacer la reconstrucción de la evasión...



EN LA ESTACIÓN

—¿¿...??



—¡Pobrecillo! No se ha dado cuenta de que además tiene una pierna de palo...



TROFEOS DE CAZA

—Mira: allí arriba tengo una cabeza de perdiz...

MEMORIAS ÍNTIMAS DE

NICK SULLIVAN

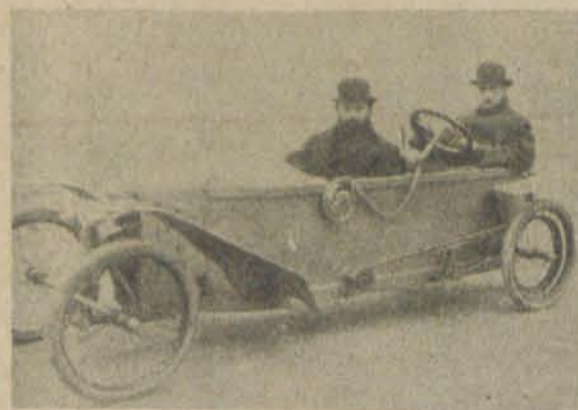
EL REY DE LOS DETECTIVES



Hugo Pat, el gangster maldito, exclamó: «Esta misma tarde hay que secuestrar a la niña Alicia, la millonaria, que es muy rica.»



Y su repugnante secuaz, el malvado Williams, dijo: «O. K., baby». Y ya no pronunciaron más palabras.



Cinco minutos después un veloz automóvil los conducía cerca de la finca de Alicia, la millonaria.



El asalto a la casa fué cosa de instantes. Los malditos gangsters cortaban con armas modernas y seguras.



Y al fin secuestraron a la pequeña Alicia que, en aquel momento, jugaba con una amiguita suya tan imbécil como ella.



El padre de Alicia, que era también la madre, se quedó muy triste y cantó un fandango acompañándose a la guitarra.



Y después telefoneó a Nick Sullivan, el rey de los detectives, que estaba en su lecho con dolor de muelas, para presumir.



Al escuchar lo ocurrido, Nick Sullivan se levantó y empezó a hacer un plano de América como hacía todos los días antes de desayunar.



Más tarde se afeitó con los pies, pues afeitarse con las manos era para él, el rey de los detectives, demasiado fácil.



Y en compañía de su ayudante salió corriendo al lugar del suceso. Eran las cinco de la tarde y hacía calor. Llegaron molidos.



En la puerta de la finca sorprendieron unas terribles huellas. — «Por aquí ha pasado un caballo» — exclamó Nick. — No hay duda de que a la niña la ha secuestrado un caballo rubio con traje a cuadros.»



Y tomando mil precauciones para no ser sorprendidos por el revisor y tener que pagar el billete, cogieron el express de Chicago.



Y en Chicago detuvieron al caballo rubio con el traje a cuadros. — «Usted ha sido el secuestrador» — dijo Nick. Pero el caballo aseguró que él no había sido y puso tal sinceridad en sus palabras que Nick lo dejó en libertad.



Entonces el rey de los detectives tuvo una idea genial, como todas las suyas, y se disfrazó de asqueroso niño de doce años.



... y se marchó al campo con varios amigos. Ya en el campo, el célebre detective y sus amigos empezaron a buscar entre la hierba al secuestrador de la pequeña Alicia. Pero no lo encontraron y se pusieron muy tristes.



Mientras tanto, la pequeña Alicia se había hecho una mujerota y tenía un noviazgo bestial. ¿Quién era el novio? ¿Era bueno? ¿Era malo? ¿Se llamaba Juanito? ¿Se llamaba Bartolo? ¿Quién sabe lo que se llamaba el tío!

(No continuará en el próximo número.)



LOS NOVIOS PRUDENTES

BOBADAZA EN UN ACTO

Personajes:

FULGENCIO
GENOVEVA

Fulgencio.—Querida mía, tu alegría me hace feliz y me hace feliz, igualmente, ese ruido que hacen tus dedos al teclear sobre la máquina y que se asemeja a una risa clara y argentina. Naturalmente que cuando digo que es argentina, no quiero decir que en ella se bailen tangos ni que su capital sea Buenos Aires.

Genoveva.—Cierto, querida. Pero mi alegría se debe a esas cosas llenas de gracia que tú me dictas y que son de lo más sabroso que conozco. Excepción hecha del cordero asado, que es sabrosísimo, y de las magras de jamón con tomate, que también están muy ricas.

Fulgencio.—Y los pichones en salsa, que son muy sabrosos también. Dime, amor mío, ¿te gustan los pichones en salsa?

Genoveva.—Es lo que más me gusta en el mundo. Claro que también me gustan mucho los billetes de cien pesetas y los de quinientas y los de mil.

Fulgencio (suspirando).—¡El dinero! ¡El dinero! Cuando termine esta novela que asombrará al mundo, espero poder ganarlo a paladas.

Genoveva (preocupada).—¿Qué es lo que has querido decir?

Fulgencio.—Quiero decir que me gustaría tener tanto dinero que necesitase manejarlo con una pala.

Genoveva (poniéndose muy pálida).—Naturalmente, después de haber cerrado las puertas y las ventanas. En caso contrario, todos los que pasasen se lanzarían sobre nosotros, nos quitarían el dinero y nos quedaríamos pobres y risibles.

Fulgencio.—Yo no quiero quedarme pobre ni risible. Además, ¿quién habla de dinero? ¿No es nuestro amor lo más fuerte que existe?

Genoveva.—La verdad es que es muy fuerte. Pero más fuerte es un boxeador o un luchador de greco-romana,

Fulgencio (con la voz ronca de entusiasmo).—¡Tienes razón! ¡El boxeador Pérez es más fuerte que nuestro amor! ¡Viva el boxeador Pérez!

Genoveva.—¡Viva! (Arrepintiéndose). Pero no hay que gritarlo tan alto. Podría oírnos el boxeador Martínez, que es rival de Pérez y tomarlo a mal. Los boxeadores tienen sus manías y nosotros no somos quiénes para juzgarlas.

Fulgencio (temiendo que alguien pueda oírles y los denuncie por ejercicio ilegal de la Judicatura).—Nadie puede ser juez sin haber hecho importantes estudios.

Genoveva.—Es cierto. ¿A que no sabes en qué estaba pensando?

Fulgencio.—Seguro que estabas pensando en cómo se escribe Fulgencio. Si con ge o con jota. O quizá en la primavera que con las flores trae el céfiro errante.

Genoveva.—¿Por qué quieres que piense en semejantes estupideces?

Fulgencio.—Tal vez estés pensando en desembarazarte de mí golpeándome la cabeza con enormes piedras.

Genoveva.—No, porque en ese caso me condenarían a muerte y yo no tengo ninguna gana de morir.

Fulgencio.—Entonces dime en qué estabas pensando.

Genoveva.—En que cuando nos casemos te besaré cuando salgas de casa siempre que no hayas comido cebolla o

cualquier otro manjar maloliente.

Fulgencio.—O tú tengas un resfriado o una enfermedad contagiosa. Porque ¿qué gusto podría yo tener en meterme en la cama con una fiebre terrible y abrasadora?

Genoveva.—Naturalmente, porque si la fiebre era abrasadora podías quemar el colchón y hasta arder tú mismo. O quemarse la casa y propagar el incendio a toda la ciudad.

Fulgencio.—Y entonces me arrestarían y me meterían en la cárcel por haber dado fuego a todo el pueblo.

Genoveva.—Entonces más vale que no tengas fiebres abrasadoras.

Fulgencio.—Tienes razón. Y ahora seguiré dictándote mi novela para que tú la copies con tus delicados y frágiles dedos. Claro que no demasiado frágiles, pues de ser así se te romperían los huesos y tendrías que tirarlos a la basura.

Genoveva.—Mejor los depositaría en un cajón de la mesa de despacho para que tuvieses un recuerdo mío; un recuerdo de mis huesos frágiles.

Fulgencio.—En ese caso también tendría que depositar los huesos de aceituna que me coma.

Genoveva.—Y los huesos de pollo.

Fulgencio.—Y los huesos de albaricoque.

Genoveva.—Y los huesos de aquel señor que mataste una noche en la sala y que se llamaba don Olegario.

Fulgencio.—¿Pero no se llamaba don Gertrudo?

Genoveva.—Ese era otro; más alto y con barba gris.

Fulgencio.—En fin, amada mía. ¿Te parece que sigamos escribiendo?

Genoveva.—Desde luego. Pero antes suéltame la mano para que yo pueda dar en la tecla con mis frágiles dedos (Fulgencio le suelta a mano y se ponen nuevamente a escribir).

TELON

LA PESCADILLA

(Sección dedicada a explicar bien cómo es la pescadilla.)



Dos pescadillas enroscándose.

La pescadilla es como una señorita cursi llena de remilgos y de tonterías. Como las señoritas del "quiero y no puedo", tienen un aspecto anémico y son delgadas, insípidas y sin personalidad.

Su mundo es el segundo plato de una casa de huéspedes y a lo único que pueden aspirar es a que se las como un empleado de cincuenta duros al mes, de esos que después se escarban los dientes con un palillo.

En los hoteles de primera categoría no las dejan entrar y eso es lo que las hace ser envidiosas y tener los dientes pedregados, sucios y separados. ¡Cómo odian a la trucha! ¡Qué asco más feroz!

—No sé qué tienen ellas que no tengamos nosotras—dice a lo mejor una pescadilla en un grupo de pescadillas.

—Tanto presumir y después resulta que son de río—comenta otra con el mismo desprecio que si dijese: "Y después resulta que son de pueblo".

Como son languiruchas, presumen de buena figura, de buen tipo, de esbeltas. Las señoras antiguas, las patronas de pensión, aún las admiran y dicen de las pescadillas lo que decían antes de las mujeres de su tiempo:

—¡Son tan blancas!

¡Sin enterarse aún que ya se han inventado los baños de sol y los glóbulos rojos!...

A veces las pescadillas se enroscan para darselas de vampíresas con acti-

des de Greta Garbo; pero aun así, siguen siendo cursis y ramplonas. Son vampíresas de gabinete turco con perro lufú. Se vé en seguida que si fumasen un cigarrillo, toserían terriblemente...

Su vestido tan ceñido al cuerpo, es como el vestido de mallas de la artista de circo y esto es lo único que las dignifica. Hay momentos en que parece que van a subirse al trapecio y a decir: "¡Hoop!" como las águilas humanas.

También, cuando se muestran en el plato cortadas a trozos, parecen esa mujer cortada en dos, por el sable de un fakir, que se vé en los escenarios.

Vivas son ridículas; fritas son insípidas; pero cuando están cocidas con blanco, con salsa vinagreta, entonces su cursilería es ya de miedo. ¡Qué asco dan!...

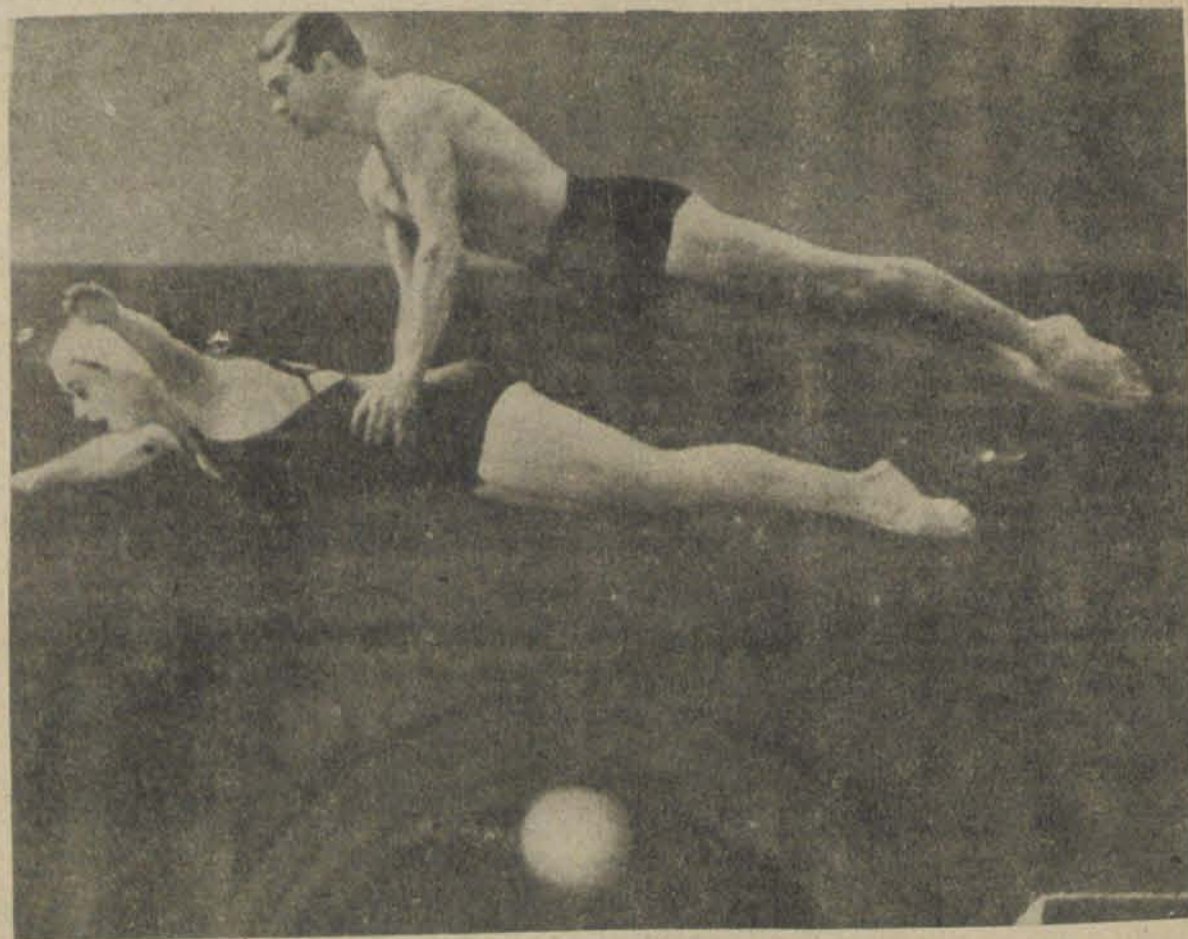
Muchas veces quieren aparentar lo que no son y se adornan con salsa mayonesa. Pero esto no les va y se encuentran cohibidas. Saben perfectamente que no tienen derecho a ella.

¡Cómo gozarían teniendo un collar y yendo al teatro los domingos por la tarde después de merendar en una pastelería!

Pero las pobres muchachas han de contentarse con aparecer por las noches en el plato de una pensión y que diga el huésped:

—¡Vaya, hombre! ¡Otra vez pescadilla! ¡Qué lata!...

Y a ellas se les encoga el corazón.



Dos pescadillas paseando por el mar Caspio.

EL TERMÓMETRO

(Sección dedicada a explicar bien cómo es el termómetro.)



Médico registrando a una señora para ver dónde ha escondido el termómetro.

El termómetro parece un perrito pequeño (que mete su hocico debajo de nuestro brazo porque tiene frío).

También parece un termómetro, pero menos.

Le gusta jugar y esconder en nuestra axila su cabeza, como si tuviera miedo de no se sabe qué; como un niño pequeño a quien le hubiesen dicho "que viene el coco", o como si hubiera hecho su gracia en el pasillo y la madre le fuese a pegar por sucio.

—¡Uy! ¡Qué miedo!—parece que dice acurrucándose—. ¡Que me pegan! ¡Que me pegan!...

Y uno lo tiene allí escondido cinco minutos con un gesto bonachón; parece uno el abuelo del termómetro.

Las mujeres, al colocarse el termómetro, hacen ese gesto de las amas de cría cuando van a amamantar al niño, y parecen más madres que nunca.

Si uno intentase quitarles el termómetro en ese momento, le arañarían a uno como leñas. Y cuando el termómetro ha terminado y ellas lo sacan de allí, lo miran con cariño esperando que esté más gordo.

—¡Cariño mío! ¡Quién te quiere a tí?—parece que le van a decir al termómetro.

Si no fuera por el termómetro, no nos importaría estar enfermos y lo pasaríamos tan bien y tan tranquilos en la cama, moviendo a gusto los dedos de los pies y mirándonos los dedos de las manos, que tanto gusta.

Pero de pronto viene el termómetro y, como un niño travieso, todo lo revuelve. Se mete debajo de nuestro brazo al menor descuido y luego, cuando alguien de nuestra familia lo saca de allí, empieza a gritar y a llamar al médico y a decir que no nos destapemos y esto

y lo otro. Ese temer a destaparnos termina por hacernos creer que somos una botella y todos nuestros deseos están puestos en tener un tapón.

—¡Que me traigan un buen tapón para no destaparme!—dice uno a gritos como un loco.

Los termómetros se reproducen fácilmente con el calor y a los dos días de estar enfermos hay termómetros por todas partes. Todo hace pensar que por allí cerca hay una termómetro con espíritu frívolo. ¿Se llamará acaso Anita la Termómetro?

El médico también trae un termómetro en el bolsillo y lo deja por encima de la cama, para que se meta en el escondite de nuestro brazo. Al cabo de un rato, cuando el termómetro está ya casi dormido, lo saca de allí y lo zarandea fuertemente para que se despierte y como si lo castigase por haberse tomado esas confianzas. Después lo encierra en un estuche de metal para que no se escape nuevamente.

Antes de encerrarles la gente los mira al trasluz con el gesto del que mira algo por una rendija, o como si mirase uno de esos objetos de regalo en los que se vé una vista de San Sebastián en colores.

Hay sin embargo gente que nunca consigue ver nada por la rendija del termómetro y desde su niñez esa gente tiene una tristeza de mal agüero.

Los médicos, sin embargo, ven muchas más cosas que los que no son médicos y cuando ellos miran por la rendija del termómetro ven óperas, y corridas de toros y mujeres que salen del baño.

A lo que no se parece en nada el termómetro es a un autobús.



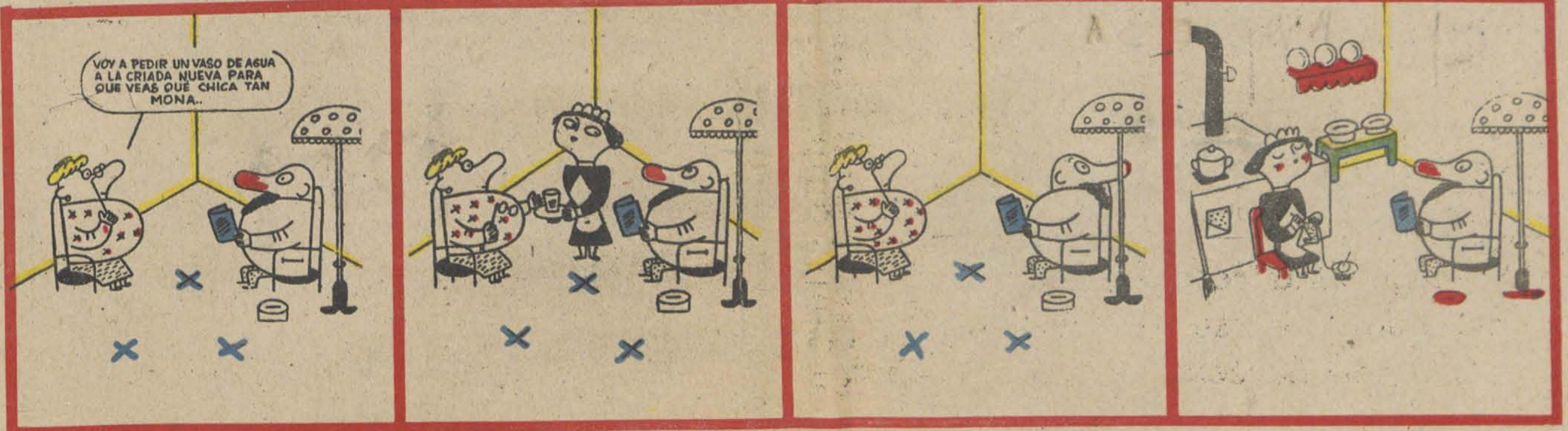
Señor poniendo el termómetro a un toro.



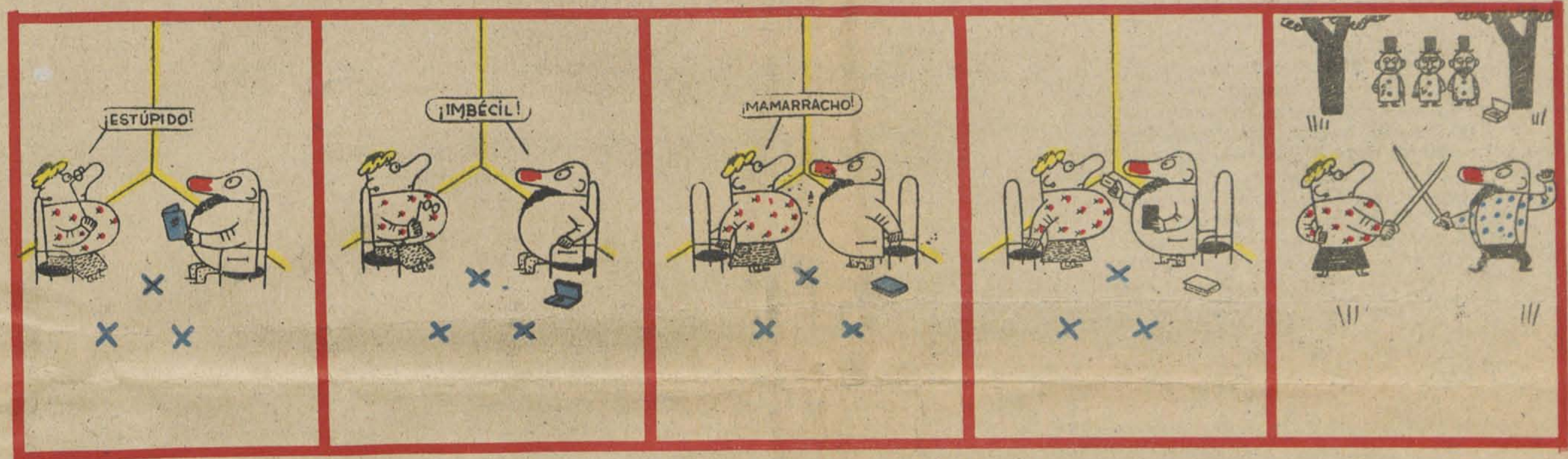
HISTORIETAS
DE
DOÑA ASUNCION ALVAREZ Y SU
ESPOSO
POR
MIHURA



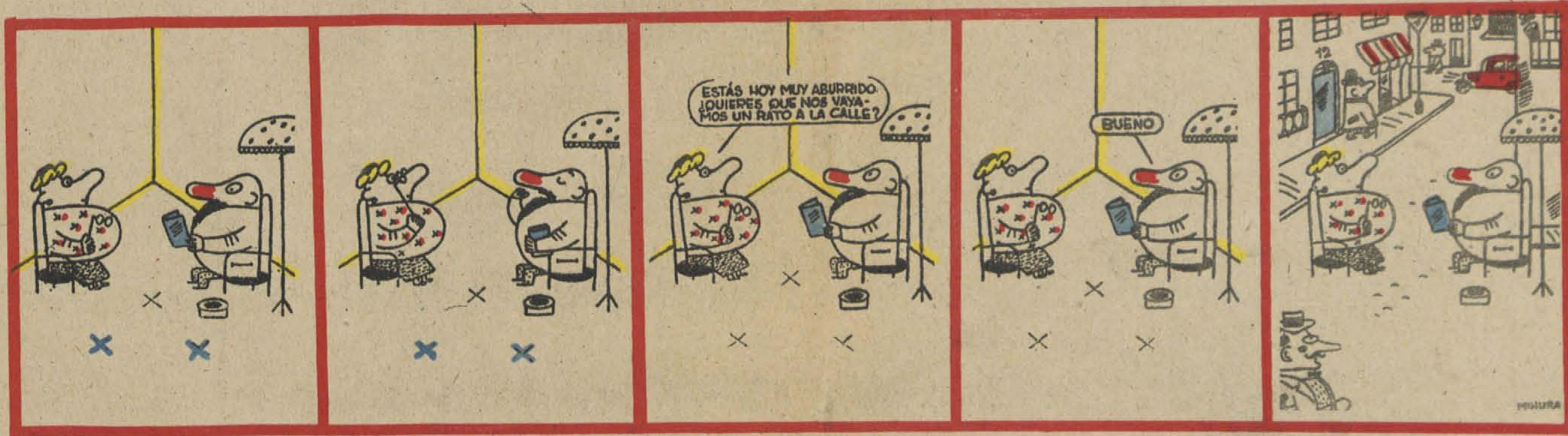
LA DONCELLA



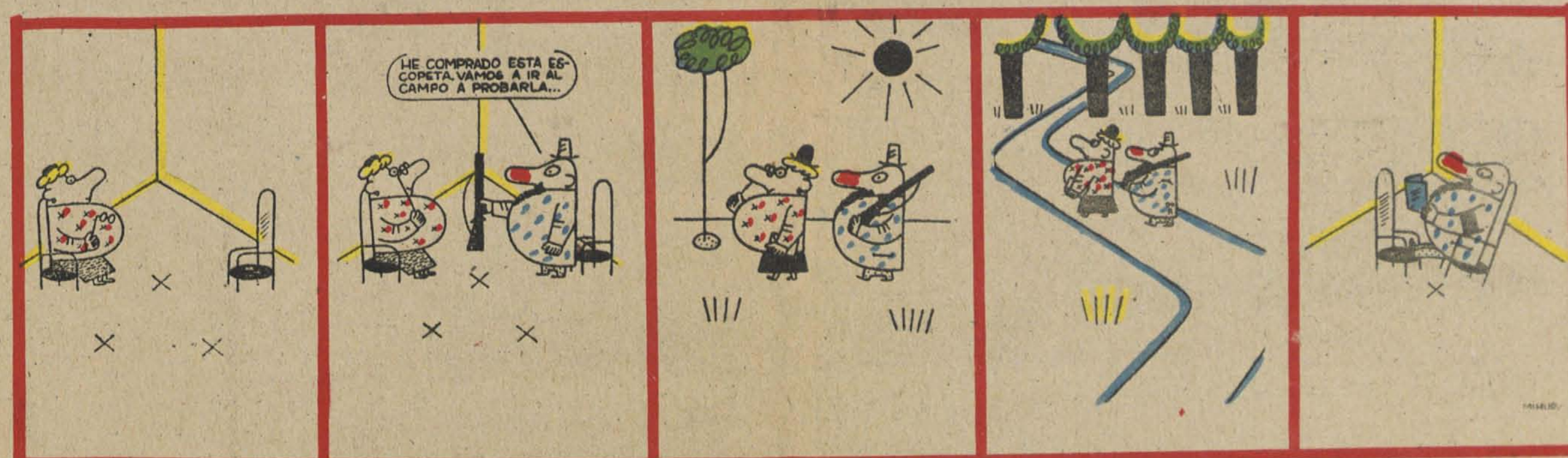
EL DESAFÍO



LA CALLE

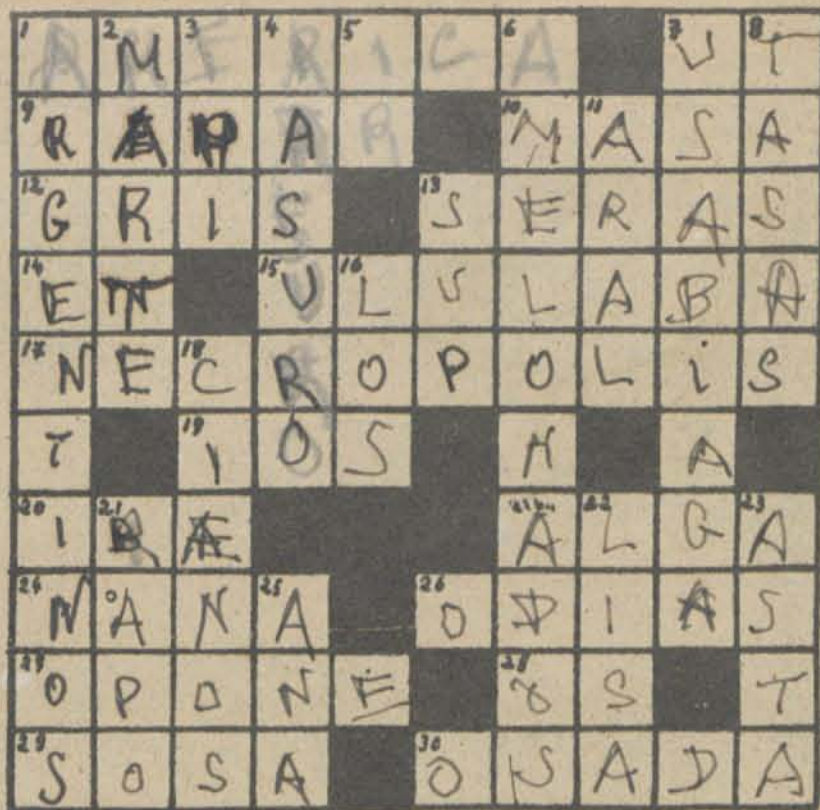


LA ESCOPETA





**PALABRAS
CRUZADAS**



HORIZONTALES. — 1, Mamífero. 11, Movimientos, ideas y gestos, no adecuados a la edad de una persona. 12, Artículo. 13, Pueblo de la provincia de Avila. 14, Ocultación de alguno para prender desprevénido a otro. 17, Incapacitada para hacer alguna cosa. 18, Al revés, animal salvaje que habita los bosques del Cáucaso. 20, Nombre propio. 23, Terminación de una de las tres conjugaciones. 24, Naturales de un pueblo de Navarra. 28, Vestidura. 29, Pueblo de las Islas Canarias. 31, Pronombre. 32, Pronombre en forma reflexiva. 33, Del verbo orar. 34, Pronombre demostrativo.

VERTICALES. — 1, Idioma de más de diez siglos de existencia (plural). 2, Escritor español. 3, Iniciales con que se representa una nación europea. 4, Embarcación. 5, Nombre de mujer. 6, Parte de la Filosofía. 7, Arbuso. 8, Veloz. 9, Letra consonante. 10, Pueblo de la provincia de Huesca. 15, Correr. 16, Composición musical. 19, Nombre de mujer. 21, Verbo en infinitivo. 22, Arbol de la India. 25, Saboreo, prueba. 26, Baño que se da en las minas a los metales para limpiarlos de las impurezas. 27, Al revés, en la baraja. 30, Nota musical. 31, Del verbo ser.

POR SILABAS

HORIZONTALES. — 1, Verbo en infinitivo. 5, Protozoo del grupo de bacterias. 7, Ave palmípeda, muy parecida a la gaviota. 9, Del verbo llorar. 10, Hija única del profeta Mahoma. 12, Deporte.

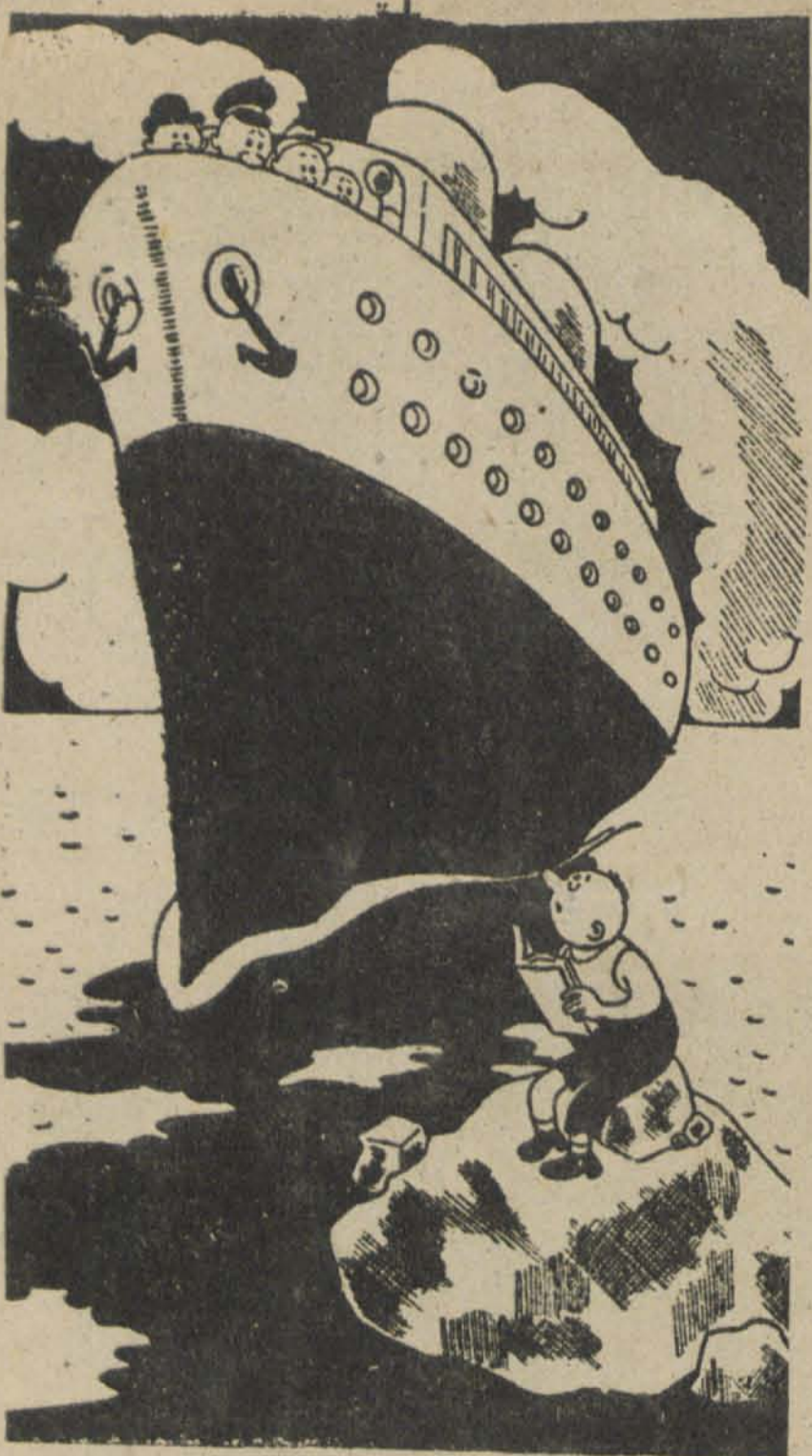
VERTICALES. — 2, Gavilla. 3, Parte de una viña. 4, Pueblo de la provincia de Cádiz. 6, Nombre de varón. 8, Da lustre. 11, Planta de mediana altura.

HORIZONTALES. — 1, Parte del mundo. 7, Nombre que recibía antiguamente una nota musical. 9, Verbo en infinitivo. 10, Pueblo de la provincia de Burgos. 12, Especie de ardilla. 13, Del verbo ser. 14, Conjunción francesa. 15, Gritaba. 17, Arrabal de Alejandría. 19, Molusco de América del Norte (plural). 20, Del verbo ir. 21 bis, Planta. 24, Canción. 26, Canal de madera por el cual cae el líquido en la cuba (plural). 27, Ofrece dificultades. 28, Pronombre personal. 29, Hierba silvestre que se cría en los saladares. 30, Mujer valiente.

VERTICALES. — 1, Naturales de una república (plural). 2, Dios de la mitología griega, hijo de Júpiter y de Juno. 3, Prefijo. 4, Quito la barba. 5, Verbo en infinitivo. 6, Que tiene figura alargada (plural). 7, Apellido español. 8, Precio (plural). 11, Lago. 13, Al revés, sangre corrompida. 16, Artículo (plural). 18, Lodo (plural). 21, En botánica, especie de nabo redondo. 22, Crustáceo decápodo del Mediterráneo. 23, Palo en que se fija el hierro puntiagudo de la alabarda. 25, Prefijo que significa sobre.

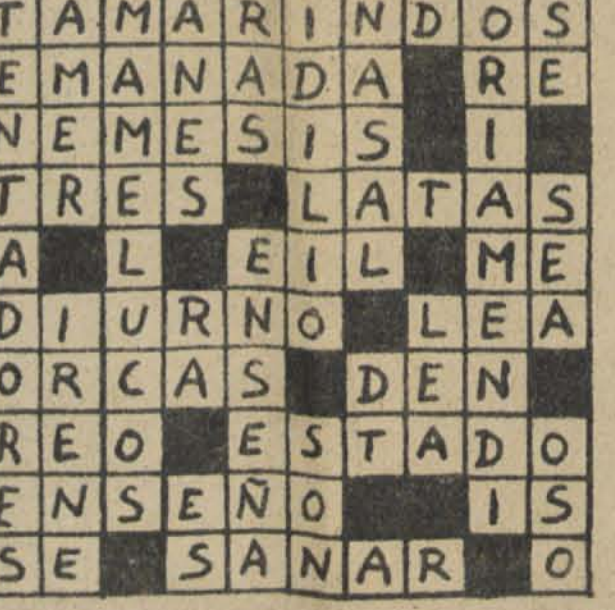
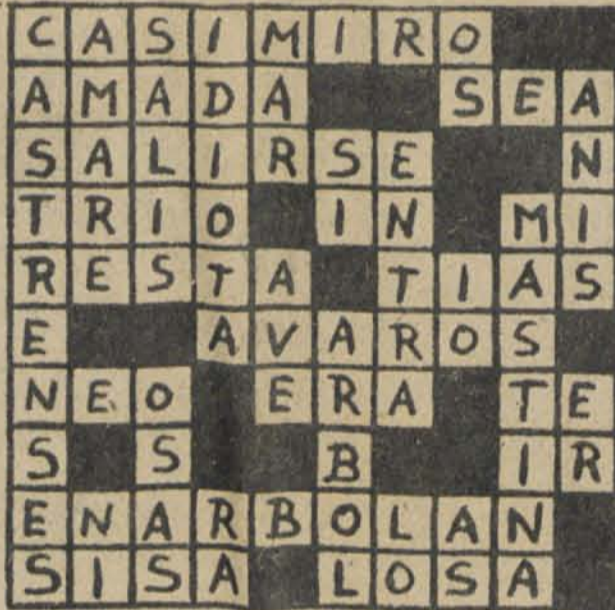
(Las soluciones en el número próximo)

Soluciones a nuestros problemas del número anterior.



NAUFRAGO

— Menos mal que están ustedes aquí! Estaba leyendo una novela policiaca y tenía miedo de estar solo...



— Mire usted, doctor. Engordo espantosamente porque como mucho. ¿Qué me aconseja para perder el apetito?
— Un espejo antes de comer, señora.

CASA EN BUENOS AIRES:
CABRERA, NÚM. 8.673

CASA EN NEW YORK:
52, STORE STREET

HIJOS DE YBARRA

COSECHEROS Y EXPORTADORES

ACEITES
Y
ACEITUNAS

APARTADO 15

SEVILLA (ESPAÑA)

PRODUCTOS QUIMICOS Y ABONOS MINERALES

ABRICAS

EN VIZCAYA
ZUAZO
LUCHANA
ELORRIETA
GUTURRIBAY
OVIEDO (La Manjoya)
MADRID
SEVILLA (El Empalme)
CARTAGENA
BARCELONA (Badalona)
MÁLAGA
CÁCERES (Aldea-Moret)
LISBOA (Trafaria)

SUPERFOSFATOS

Y
ABONOS COMPUESTOS
"GEINCO"

ÁCIDO SULFÚRICO
ÁCIDO SULFÚRICO ANHIDRO
ÁCIDO NÍTRICO
ÁCIDO CLORHÍDRICO
GLICERINA
NITRATOS
SULFATO AMÓNICO
SULFATO DE SOSA
SALES DE POTASA
DE NUESTRAS MINAS
DE CARDONA (Barcelona)

SERVICIO AGRONÓMICO:
LABORATORIO PARA EL ANÁLISIS
DE LAS TIERRAS

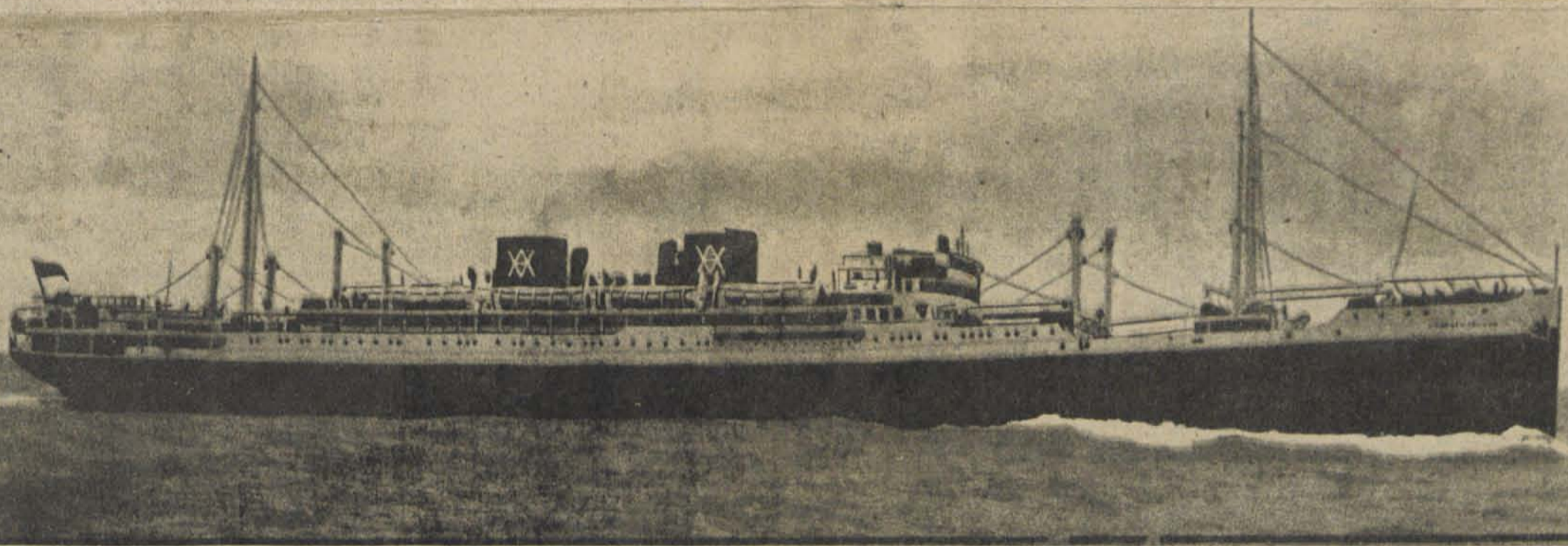
ABONOS PARA TODOS LOS
CULTIVOS Y ADECUADOS
A TODOS LOS TERRENOS

LOS PEDIDOS EN:

BILBAO: «Sociedad Ama. Española de la Dinamita».—Apartado 157.

MADRID: «Unión Española de Explosivos».—Apartado 66.

OVIEDO: «S. A. Santa Bárbara».—Apartado 31.



"YBARRA Y Cía., S. en C."

NAVIEROS SEVILLA

Servicios regulares de cabotaje entre BILBAO, SEVILLA y MARSELLA y puertos intermedios.

Línea Mediterráneo-Brasil-Plata

Salidas regulares cada 21 días para SANTOS, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES.

Acomodaciones para pasajeros de 1.^a clase.

Buques especializados en el transporte moderno de pasajeros de 3.^a clase exclusivamente en camarotes.

Seguridad - Rapidez - Economía - Confort - Esmerado Trato - Comida Excelente.

INFORMES

En Sevilla: Oficinas de la Dirección - Menéndez Pelayo, 2. - Telegramas "Ybarra"
" " Wagons-Lits-Cook.-José A. Primo de Rivera, 12. " "Sleeping"
En Cádiz: D. Juan José Ravina-Beato Diego de Cádiz, 12. " "Ravina"

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS



Convalecencia

(POR V. VIUDES)

—Pues sí, hija; gracias a este reconstituyente me estoy poniendo hecha un hombre.